

EDITORIAL

Elección con incógnita

La última encuesta CEP antes de los comicios echa por tierra las certidumbres casi absolutas que hasta ahora prevalecían acerca del triunfo de Michelle Bachelet. En la muestra de inscritos electorales de todo el país, con excepción de Isla de Pascua, las preferencias depositadas en urna por la candidata oficialista cayeron de 45 a 39%, con respecto a la medición anterior de septiembre. Los candidatos de la Alianza, en tanto, subieron de 17 a 22% (Piñera) y de 20 a 21% (Lavín), con lo cual por primera vez suman 43%, cuatro puntos más que Bachelet, sobrepasando incluso el margen de error del estudio (2,7%).

Las expectativas sobre esta encuesta, reconocida por su confiabilidad y extensa cobertura urbana y rural, especialmente apuntaban a que podría ratificar los estudios de opinión que comenzaron a marcar la realización de una segunda vuelta. Pero el sondeo del CEP, en verdad, ha ido más allá. Con miras precisamente a la segunda vuelta, los analistas ven los cambios en quienes se declaran “absolutamente decididos” a votar por

Bachelet, cifra que cayó de 42,1 a 37%, mientras subieron los votos seguros de Piñera (16,3 a 20%) y de Lavín (17,4 a 18%). Por otra parte, el porcentaje de quienes “tienen decidido” no votar por Bachelet creció significativamente de 25 a 33%, y en cambio bajaron los mismos porcentajes de decisión negativa en Piñera (de 43,6 a 37%) y en Lavín (de 57 a 54%). La luz amarilla del sondeo respecto de Bachelet mostró “caídas significativas” para ésta en todos los 11 atributos principales de tareas del próximo gobierno, mientras Piñera presentó “alzas significativas” en 9 de los 11. Al mismo tiempo, mientras en los últimos días se subrayó el carácter continuista de la campaña Bachelet con relación al gobierno de Lagos, la encuesta acentuó la distancia entre el alto rango de aprobación al mandatario (59%) y el porcentaje de preferencias por Bachelet.

Las encuestas, recordémoslo una vez más, son fotografías muy percibibles del sentir ciudadano. El trabajo político puede incrementar, congelar o disminuir las

tendencias insinuadas. En este sentido, se mantiene la solidez de Michelle Bachelet para conquistar la victoria en segunda vuelta, ya que vence a Piñera 45 a 37% y a Lavín por 48 a 33%. Dado el nuevo cuadro electoral en primera vuelta y el presumible mayor volcamiento del gobierno en favor de Bachelet, la Alianza necesitará reforzar aquella sensación de unidad que haga presumible un mayoritario desplazamiento de votos para quien resulte más votado en la primera vuelta, lo cual se dificulta por la lógica fricción que genera en su interior la disputa entre Piñera y Lavín. Otro resultado interesante se refiere a la votación de Hirsch que se mantiene en un magro 3%, no obstante las expectativas provocadas por su buen desempeño comunicacional. Si este dato se corrobora en la realidad, significaría que una parte importante del voto duro comunista ya emigró en favor de Bachelet.



En 1996 la Asamblea General de la Naciones Unidas determinó que cada 16 de noviembre se celebrara en todo el mundo el “Día Internacional para la Tolerancia”, una fecha en la que una vez más vale la pena preguntarse ¿cuán tolerantes somos los chilenos? Aunque en nuestro país no resulten muy habituales los episodios de violencia o ataques contra las minorías raciales, religiosas o sexuales, hemos contribuido a otro tipo de discriminación—más sutil, silenciosa y permanente—que afecta a la gran mayoría de nuestros compatriotas: Chile es un país que esconde y margina a sus ciudadanos más modestos.

Sólo a modo de ejemplo: en Santiago, cuando a alguien se le pregunta dónde vive, éste, al contestar, responde varias preguntas al mismo tiempo. En efecto, es muy probable que con un margen de error relativamente estrecho, el conocer el lugar de residencia de un ciudadano en Santiago nos arroje información adicional, por ejemplo, de su ingreso mensual, grado de calificación profesional, si estudió en un colegio público o privado, si tiene isapre, si posee cuenta corriente (y en qué banco) o si tiene la posibilidad de asistir habitualmente al cine, al fútbol u otros espectáculos de entretenimiento. Lo anterior, lejos de constituir una coincidencia o una curiosidad estadística, da cuenta de la dramática situación de exclusión y segregación social a la cual se ven sometidos un número importante de nuestros compatriotas. Dicha situación, todavía más, es reflejo de que la movilidad social o la capacidad para surgir y dar a nuestros hijos un futuro mejor, sigue—en gran medida—dependiendo de la suerte o desfortuna de donde nos tocó nacer.

¿Qué es lo que una sociedad puede hacer para romper este círculo vicioso? Muchas cosas. Por de pronto, dotar a los más desfavorecidos de los mínimos indispensables que, lejos de igualarlos materialmente con los más afortunados, al menos hagan menos relevantes estas diferencias iniciales. Lejos de querer “subvencionar la mediocridad”, como

¿Somos tolerantes los chilenos?



Jorge Navarrete Poblete
Subsecretario General de Gobierno

algunos de nuestros teóricos u opinólogos de la plaza han denunciado, lo que justamente se quiere lograr es el efecto contrario: asegurar una real y justa competencia. O acaso ¿es justo que una persona, tanto o más inteligente que yo, reciba un quinto o menos de mis ingresos por haber tenido una alimentación deficiente en los primeros años de vida, porque sus padres no pudieron pagar un colegio de calidad, que por consiguiente no pudo acceder a la universidad o, accediendo, tuvo que retirarse por no poder pagarla o tener que tempranamente trabajar para susten-

“La justicia primero, aunque también la gobernabilidad y la convivencia, después, nos deben llamar la atención respecto de todos aquellos cuya dignidad y oportunidades están siendo gravemente conculcadas”.

tar a su familia? La verdadera hipocresía es desconocer el evidente hecho de que no todos estamos en el mismo lugar al comienzo de esta carrera. Más inmoral todavía es negarse, en nombre de la “libre iniciativa” o “la competitividad”, a que las instituciones de la sociedad intenten corregir esa iniciales (pero definitivas) desigualdades.

Chile vive uno de los momentos económicos más boyantes de los últimos 100 años, pero un esfuerzo definitivo para dar un salto al desarrollo requiere de la voluntad y complicidad de todos los sectores del país. Mientras existan personas que sean excluidas, tanto en el sector público como en el privado, de los altos cargos y de una buena remuneración, por cualquier hecho que no tenga que ver con sus estrictas capacidades, seguiremos cometiéndolo la peor de todas las injusticias: aquella que castiga a un ser humano por un hecho que no le es imputable, sea éste su sexo, su origen social, su apellido o el color de su piel. Este es, me parece a mí, el foco más importante de intolerancia y discriminación en Chile, la que de no enfrentarse a tiempo, no sólo constituirá un foco de permanente injusticia y resentimiento, sino que también puede afectar nuestra convivencia en el futuro.

Inevitablemente insertos en un proceso de globalización, donde reconocemos al mercado como el principal instrumento de desarrollo económico y prosperidad de nuestro pueblo, también tenemos la obligación de preguntarnos por el tipo de desarrollo que queremos para Chile. La justicia primero, aunque también la gobernabilidad y la convivencia después, nos deben llamar la atención respecto de todos aquellos cuya dignidad y oportunidades están siendo gravemente conculcadas. No tiene mucha gracia defender la carrera abierta a los talentos cuando, por acción u omisión, excluimos a unos o amarramos los pies de otros. Si tanto nos gusta la libre competencia, entonces hagamos esfuerzos para que ésta sea de verdad.